

LA ESCOBA DE LINDA

LINDA, una niña de cuatro años tenía un mal hábito. Nunca se sentía feliz con lo que tenía. Siempre pensaba que los juguetes de sus compañeros eran mejores que los suyos. Y aunque sus compañeros jugaran con los juguetes de Linda, ella parecía pensar: "Ellos se divierten más que yo".

La mamá de Linda había conversado muchas veces con ella acerca de ese asunto.

-Tú puedes sentirte feliz con las cosas que tienes -le había explicado. Y cuando recibes visitas, debieras permitirles jugar con tus juguetes.

Pero a Linda le costaba hacerlo. Parecía que cuando no tenía una cosa era cuando más la deseaba.

Un día la abuelita llegó a visitarlos. Ella notó el mal hábito que Linda tenía, pero no le dijo nada acerca del asunto. En cambio le dijo otra cosa.

-¿Te gustaría ir conmigo a mi casa por una semana?

¡Eso era algo que le gustaba muchísimo a Linda!

-Oh, abuelita, ¿puedo ir? -exclamó ella muy sonriente.

-Por cierto que sí-respondió la abuelita. Ella tenía una razón muy especial para invitar a Linda a ir a su casa, pero no quería decírsela.

Linda no tardó en escoger los juguetes que quería llevar, y la mamá le arregló las ropas en su maletita roja. Entonces Linda se despidió de su mamá, y se fue con la abuelita.

Cuando la abuelita condujo el carro hasta el camino principal, no fue en dirección a su casa, sino hacia el pueblo.

-Abuelita, ¿por qué vas al pueblo? -preguntó Linda.

-Tengo que comprar algunas cosas en el mercado -respondió la abuelita.

Linda le ayudó a su abuelita a elegir la fruta, a buscar el pan y un poco de queso. Entonces la abuelita se dirigió hacia el fondo del mercado.

-Aquí elegiremos una escoba -dijo ella-. Necesito una para barrer el porche.

Allí colgadas había toda clase de escobas. Algunas tenían pajas largas, y otras pajas cortas. Los mangos de algunas eran rojos, los de otras verdes, azules o amarillos.

-¡Elige una que tenga el mango rojo! -sugirió Linda

-Muy bien -estuvo de acuerdo la abuelita-. A mí también me gusta el rojo.

Mientras la abuelita tomaba la escoba que ella quería, con el mango rojo, Linda vio otra clase de escoba. Esa también tenía mango rojo, pero era muy pequeña. La verdad era que tenía exactamente el tamaño de Linda. La niña no pudo menos que tocarla.

La abuelita vio lo que Linda hacía y sonrió.



-¿Te gusta esa escoba?

-¡Oh, Sí! -exclamó Linda.

-Entonces la compraremos también.

De modo que la abuelita la tomó y la puso junto con las demás cosas en el carrito de compras que llevaba.

Linda estaba tan excitada que siguió a la abuelita hasta la caja, brincando; y cuando la abuelita pagó por la escobita, Linda la llevó al automóvil.

-Ahora te ayudaré a barrer -le dijo a la abuelita.

Al día siguiente de mañana Linda y la abuelita comenzaron a barrer el porche. Linda comenzó en un extremo y la abuelita en el otro.

Linda estaba gozando muchísimo hasta que miró a la abuelita. Entonces arrugó la frente. La abuelita había barrido una superficie mucho más grande del porche de lo que ella lo había hecho. Tal vez era porque la abuelita tenía una escoba mejor. De repente Linda ya no quiso seguir barriendo con su escobita. Quería probar la de la abuelita.

Mirando por el rabillo del ojo, la abuelita vio lo que le pasaba a Linda.

-¿Quieres cambiar de escoba?

-¡Oh, si! -exclamó Linda.

Tomó entonces la escoba de la abuelita con ambas manos y comenzó a empujarla. Pero apenas podía moverla. Y por más que procuraba barrer, no lograba hacerlo.

La abuelita tampoco estaba barriendo muy bien con la escobita de Linda, pero no dijo una sola palabra.

Pero Linda no quedó callada.

-Abuelita -dijo lloriqueando-, ¿puedo tener de vuelta mi escobita? Yo no puedo barrer con la tuya.

Pero la abuelita no le dio la escobita a Linda, sino que le dijo:

-Tú estabas muy feliz con tu escobita hasta que te pareció que la mía era mejor. Ayer, cuando tu amiguita Ana fue a jugar contigo, hiciste lo mismo. No la dejaste que jugara con tus juguetes más de uno o dos minutos. Después le pediste que te los devolviera. Ese es un hábito muy feo, Linda, y quiero que me prometas algo antes de que te devuelva tu escoba.

A Linda le estaban por saltar las lágrimas, pero respondió afirmativamente con la cabeza.

La abuelita continuó:

-La próxima vez que desees tener algo que otro tiene, quiero que te detengas un momento y pienses en lo que te pasó hoy; que no te divertiste con la escoba después que la conseguiste.

¡Si- abuelita, lo haré! -prometió rápidamente Linda.

Y lo interesante es que Linda ha mantenido su promesa. La escoba de la abuelita le enseñó a Linda una lección que jamás olvidó.